

# HISPANIA





GENTE DE COLETA

- ¡ Fué una faena superior !
- ¿ Y qué es eso que tiés en la cara ?
- Algún que otro patatazo ; como hay tanto envidioso !

## LA FIESTA DEL CORPUS CHRISTI

Canta, oh lengua, el gran misterio,  
Supla al sentido la Fe...  
Cantad, ángeles del Cielo,  
Cantad, vosotros también.  
¡Oh Sacramento admirable!  
¡Feliz quien tal pudo ver!

COLL Y VEHI

Durante el Jueves Santo, ocupada la Iglesia en llorar los sufrimientos y la muerte del Salvador, no puede atender á la conmemoración de la institución de la Divina Eucaristía, la cual, según espresión de un gran Pontífice, *debe celebrarse con una alegría santa y una pompa del todo extraordinaria, para de este modo hacer sentir más la gloria y la dicha que tenemos de poseer el Cuerpo vivo de Jesucristo, nuestro Salvador y nuestro Dios.*

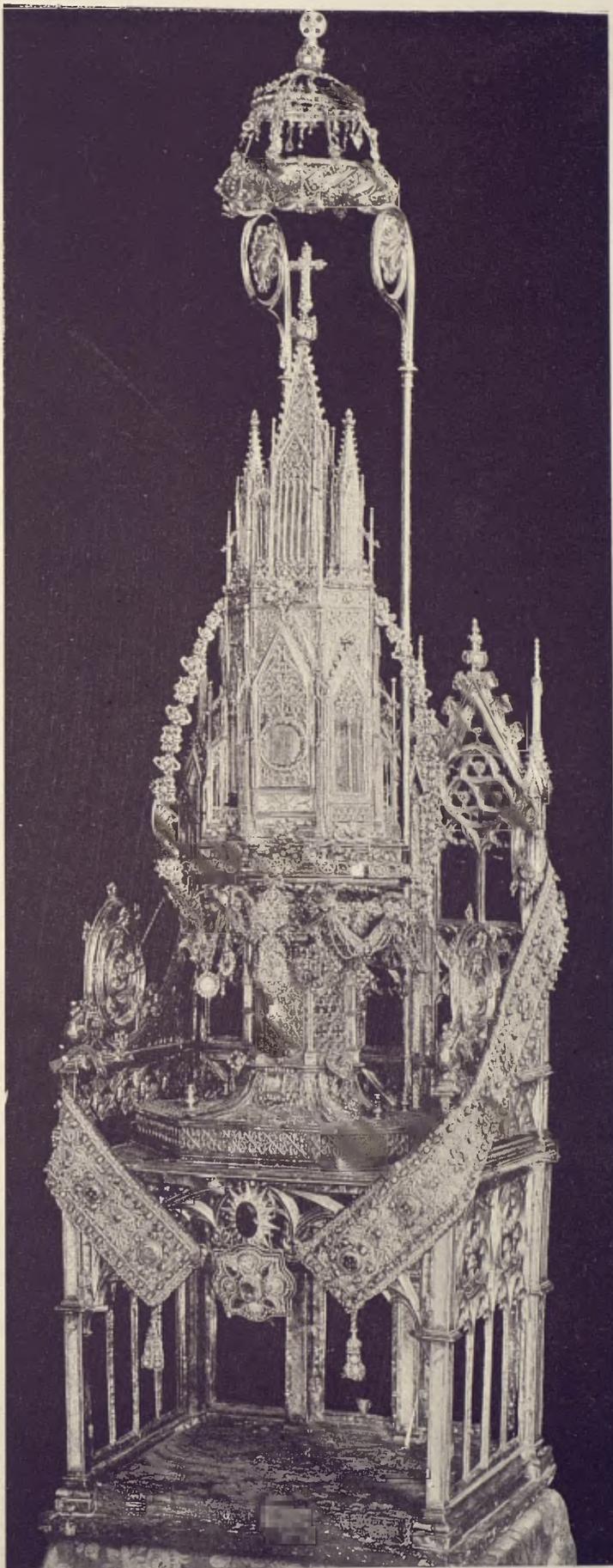
La primera ciudad que apoyó la más alegre y solemne de las festividades católicas, la fiesta del Santísimo Sacramento, por otro nombre la *Fiesta de Dios*, fue la de Lieja, la cual renueva cada cien años, como recuerdo honroso de esta iniciativa, el aniversario secular de esta hermosa festividad.

Algunas ciudades de Alemania imitaron después á la de Lieja y en 1264 el Papa Urbano IV, que había sido archidiano de Lieja, mostrándose favorable á tan grande institución, la autorizó con una Bula que fue confirmada en 1311 por el Concilio general de Viena y en 1316 por el Papa Juan XXII.

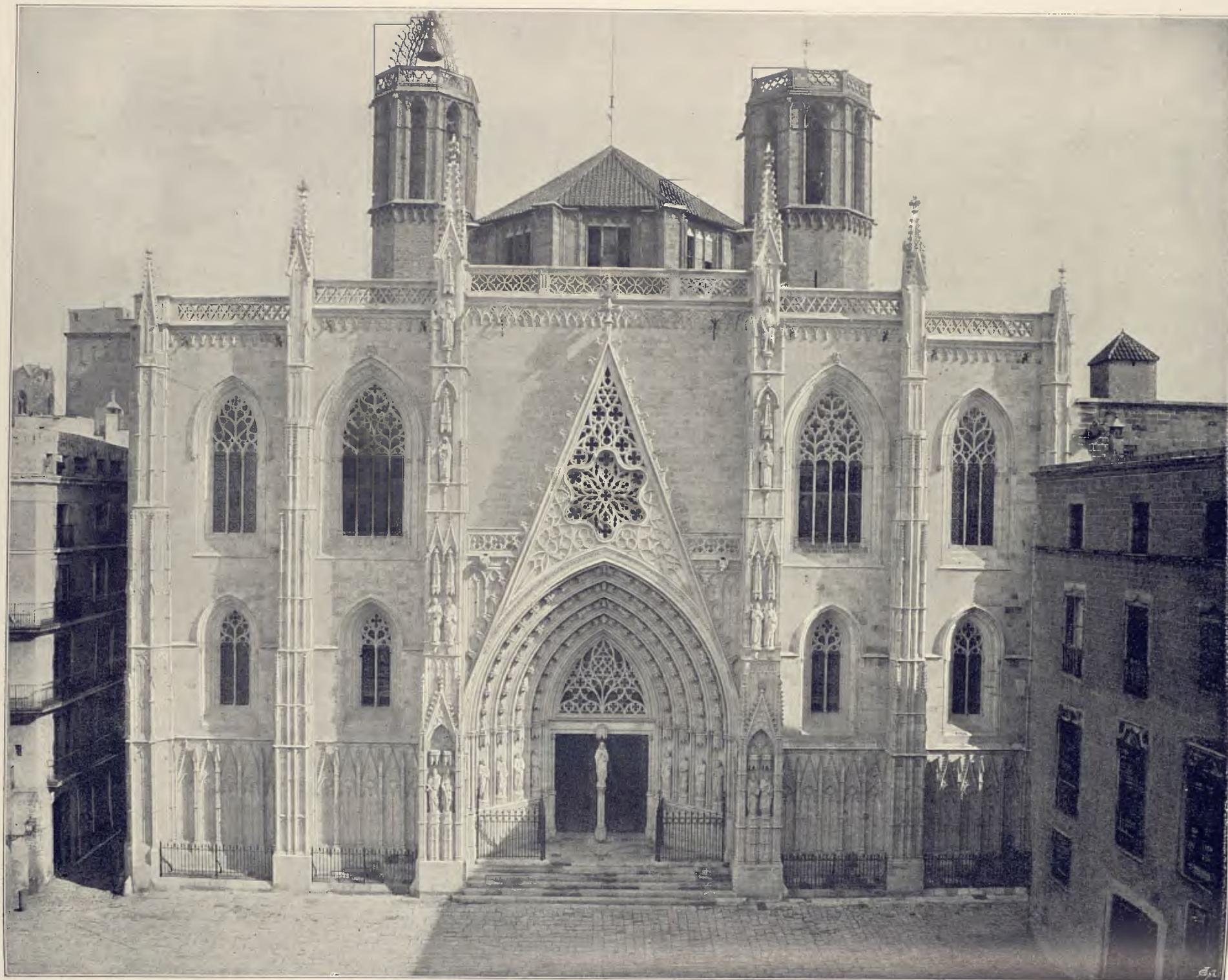
Urbano IV, al establecer esta fiesta, hizo que se cantase el Oficio compuesto por Santo Tomás de Aquino, á quien se atribuye también la música, digna de la poesía, y sublime, como toda esta solemnidad.

Luego, el Papa Juan XXII añadió á la fiesta del Corpus la procesión con el Santísimo Sacramento, que tanta alegría y tanto entusiasmo despierta. Y es que el pueblo cristiano ve en esta procesión el triunfo de lo que más ama, como es Jesús Sacramentado, y la manifestación de la fe en la existencia real de Jesucristo, que es á quien vemos cerca de cada uno de nosotros y en medio de nosotros, paseado y llevado en trono de amor por nuestras calles y plazas. Es esta procesión la fiesta de la caridad, de la paz y de la unión del pueblo cristiano, en la cual todas las clases de la sociedad, clero y fieles, nobles y plebeyos, ricos y pobres, se esmeran á porfía en tributar las más sinceras demostraciones de afecto, respeto y gratitud al gran Rey de los siglos, inmortal é invisible, al Dios que nos hará para siempre bienaventurados en el cielo. En esta procesión le vemos ya derramando bendiciones por todas partes, le vemos pasar haciendo el bien, curando las dolencias del alma, sanando las enfermedades del corazón y socorriendo mil necesidades, cual lo practicó entre los suyos y los extraños en su mortal carrera. ¡Qué ocasión más oportuna para desatar nuestra lengua, como los niños del horno de Babilonia y convidar á la Naturaleza á que bendiga al Señor!

B. GRASES Y HERNÁNDEZ



CUSTODIA QUE ENCIERRA EL SANTÍSIMO SACRAMENTO  
EN LA PROCESIÓN DEL CORPUS



FACHADA DE LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE BARCELONA



Llegada del Capitán General

## La fiesta dedicada por el Somatén armado de Pedralbes á la Virgen de Montserrat

Solemñísima por demás fué la fiesta que el Somatén armado de Pedralbes dedicó el día 28 del pasado Abril á la excelsa Virgen de Montserrat, patrona por Real Decreto, de los somatenes armados de Cataluña.

No reseñaremos la historia de dicho simpático instituto y sólo nos limitaremos á dar algunas notas del correspondiente al distrito de Pedralbes, que abraza los pueblos de Sarriá, Las Corts, y Vallvidrera.

Era en los albores del año 1896, en que, siendo Capitán General de Cataluña el actual Ministro de la Guerra, Excmo. señor D. Valeriano Weyler, y á la sazón Inspector del Cuerpo de Somatenes armados el malogrado general D. Ruperto Fuentes, en que algunos individuos concibieron la idea de la fundación del Somatén de Pedralbes, obligados á ello por los frecuentes y escandalosos robos que

se cometían en dicha comarca, figurando como iniciadores más activos varios colonos y propietarios, secundados eficazmente por el Excmo. Sr. General D. Luis de Castellví, que no cejó un momento hasta llevar á cumplido término la realización de la idea, que en el día no sólo ha germinado lozanamente, pues se compone de cerca de 300 individuos de todas posiciones, sino que ha dado ya

sazonados frutos, pues ha alejado de la barriada á toda clase de malhechores y ha prestado tan relevantes servicios, que ha merecido el honor, el Somatén armado de Pedralbes, de recibir infinidad de oficios gratulatorios de la Autoridad superior militar, por los actos realizados en pro del bienestar de los moradores de su circunscripción, empresa muy difícil, por estar situado su radio de acción en posición limítrofe á la urbe barcelo-



Pasando la revista



Saludo á la Bandera del Somatén

nesa, que por su situación é importancia, alberga tanta gente de malos antecedentes y peor conducta.

Débase sin duda, la situación tranquila del vecindario á la creación de un cuerpo de vigilantes, individuos del propio Somatén, que sin retribución señalada de ninguna clase y si sólo con lo que poco ó mucho remuneran voluntariamente sus valiosos servicios los colonos ó propietarios, se dedican todas las horas del día y de la noche á la vigilancia de sus propiedades.

Siendo severísima la acción del somatén armado para los delincuentes, pero animado por un espíritu de recta caridad, considerando que más vale precaver que curar, si por una parte una ley inexorable obliga á castigar al culpable, ha atendido también que cuanto más aleje al hombre del camino del mal, más le hace seguir la sen-



Entrando en la iglesia

da de la honradez, ha instituido escuelas nocturnas, en las que por distinguidos individuos del Somatén se enseñan á los individuos y á sus hijos, las leyes de caridad y buena crianza, además de las primeras letras que sin duda han de aminorar más tarde el peso del brazo armado, haciendo de ellos hombres honrados y de intachable conducta.

Otra de las instituciones prácticas dentro del Somatén, es el Monte-pío ó *Germandat del Sometent de Pedralbes*, puesto bajo la advocación de Santa Eulalia, cuyos individuos disfrutaban, mediante una módica cuota mensual, del beneficio del subsidio en caso de enfermedad, subsidio que es de mayor cuantía y de más duración en el caso de que la enfermedad sea producida por heridas ó contusiones recibidas en el servicio del Somatén. Propiedad del Monte-pío es un precioso paño mortuorio de terciopelo carmesí, con las imágenes de Ntra. Sra. de Montserrat y Sta. Eulalia, escudos y galones de oro.

El Somatén de Pedralbes es propietario además de una artística bandera, que reproducimos, cuyo dibujo se debe al arquitecto D. Juan Martorell y en la que campean las imágenes de Ntra. Sra. de Montserrat y Santa Eulalia, y los escudos de Cataluña y Pedralbes, en oro y colores sobre fondo de terciopelo de seda carmesí; el palo de dicho estandarte, remata en una sencilla lanza de plata, de cuyo metal son también el guardamanos y la contera.



Bandera del Somatén

Por suscripción voluntaria entre los individuos del Somatén y algunos propietarios comarcanos, acordose erigir en una de las capillas laterales del suntuoso templo del Real Monasterio de Pedralbes, un precioso altar gótico dedicado á la Virgen de Montserrat, patrona del instituto, y en verdad, ha resultado una obra de indiscutible mérito artístico, lo que no podía menos de ser si decimos que el proyecto se debe al mencionado arquitecto D. Juan Martorell y que el retablo que representa á la Virgen, *la Moreneta* de Montserrat, es debido al hábil pincel del conocido artista D. José Tamburini. Al realce de la obra han contribuido los artifices Sres. Ventura, marmolista, Saumell, pintor y Massagué, tallista. Para la bendición de dicho altar se invitó al Somatén en pleno y á las dignas autoridades para el citado día 28 del pasado Abril.

Á las nueve de la mañana eran innumerables los individuos que de los diferentes pueblos circunvecinos y aun de Barcelona se reunían en la extensa plaza del Monasterio, presentando aspecto indecible la infinidad de hombres de todas categorías, provistos del correspondiente armamento y el buen número de señoras que esperaban pre-

senciar las ceremonias, animado por el continuo disparo de los cañones, el sonido de las campanas y el alegre conversar de los reunidos, que si fueron muchos en número, mucho mayor lo hubiera sido, á no haberse declarado en huelga el ferro-carril y el tranvía de Sarriá.

Cerca de las diez, llegó á caballo el Excmo. Sr. Capitán General D. Manuel Delgado Zulueta, acompañado de sus ayudantes de campo y de un escuadrón de caballería, siendo recibido á la entrada del recinto del Monasterio por el Excmo. Sr. Vicario General Capitular, Cabo del distrito, Ayuntamiento de Sarriá, Rectores de Pedralbes y Sarriá, Guardia de los Padres Capuchinos, General Fontsaré, comandante general del cuerpo de Somatenes, Sres. Güell y Franch, vocales de la comisión del mismo, Pons y Arola, diputado provincial é individuo del Somatén, Sr. Tallaví, comandante de mozos de la Escuadra, los Excmos. Sres. Marqueses de Sentmenat y de Castellidosrius, el Excmo. Sr. D. Manuel Girona y otras personalidades que fuera largo enumerar, al frente de las cuales iba la artística bandera, á la que daban guardia de honor algunos individuos armados, formando el resto del Somatén en dos hileras hasta el portal del templo, al cual entraron á los acordes de la música de Albuera.

Hecho el histórico templo un áscua de oro por la infinidad de luces que ardían en su recinto, y un jardín por las flores que le adornaban, ocupando las autoridades y demás invitados, al igual que el estandarte, sitios de preferencia en el presbiterio, empezose por la bendición del altar que la hizo el Sr. Vicario Capitular Dr. D. Ricardo Cortés, apadrinando dicho acto el Excmo. Sr. D. Eusebio Güell y Bacigalupi, quien, con cuantiosos donativos, ha sido el que más ha contribuído á la suscripción del altar, debiéndose también á su magnificencia los preciosos alabastros que, procedentes de sus posesiones de Garraf, adornan el altar.

Terminada la bendición, el propio Dr. Cortés celebró el Santo Sacrificio de la misa, en el altar mayor, durante la cual, la capilla de música de San Pedro de las Puellas, de Barcelona, cantó inspiradas composiciones, alguna de ellas, según creemos, original de la Excmo. Sra. D.<sup>a</sup> Isabel Güell, marquesa de Castellidosrius. El acto de la elevación era imponente; doblada la rodilla las autoridades, caía la bandera á los pies del celebrante, rendidos los centenares de fusiles de los individuos, atronando el espacio el disparo de los cañones en el exterior, y resonando en las bóvedas los acordes de la marcha real, cuadro era, capaz de impresionar al más indiferente. Terminó la misa y el Dr. Cortés subió al púlpito, pronunciando una sentida alocución, llena de párrafos brillantes, explicando de una manera magistral la sagrada misión del Somatén, esa institución de hombres honrados que son—dijo—la defensa de la familia, del hogar y de la patria, terror de los malos y amparo de los buenos, de esos héroes anónimos que exponen su vida sin esperar recompensa. Por esto aquí les veis congregarse á los pies de su Santa Patrona la Virgen de Montserrat, tributándole el culto á que se hace



Salida del templo

acreedora. Felicitó á todos los individuos del ejemplar Somatén de Pedralbes, que daba tan manifiesta muestra de su acendrada fe y dirigió palabras de gratitud á los Excmos. Sres. Capitán General y Güell, por su asistencia presidiendo y apadrinando aquel acto, y á todas las demás autoridades y numeroso público, por el realce que daban á la piadosa ceremonia.

Por el mismo orden de entrada, salióse de la iglesia, y las autoridades y otras personalidades, fueron á depositar en manos de la Il<sup>tre</sup>. Sra. Abadesa, el Acta de la bendición del Altar que el Somatén de Pedralbes ofrece á Nuestra Señora la Virgen de Montserrat, Patrona del Instituto.

Colocados los individuos del Somatén en dos hileras á lo largo de la calle que conduce á la plaza del Monasterio, el Excmo. Sr. Capitán General pasó la revista, inspeccio-



Revistando el Somatén



Después de la revista

nando minuciosamente todo el armamento, conversando afablemente con todos y quedando altamente satisfecho, tanto del citado armamento, como de la disciplina y comportamiento del Somatén armado de Pedralbes, que calificó de los mejor organizados.

El patio del Claustro del edificio conocido por *Conventet* ó *Torre del Obispo*, morada del Cabo del distrito, cubierto por inmenso toldo, adornadas las ventanas que á él dominan por sendos tapices de terciopelo, ocultas las columnas por ramajes de mirto y palmas, cuajadas de flores, y en cuyo centro se destacaba un gigantesco ramo, terminado por una rama de olivo, símbolo del lema del Somatén—*paz, paz y siempre paz*,—contenía cuatro largas mesas, capaces para doscientos cubiertos, produciendo un efecto deslumbrador, imposible de describir. En la mesa de preferencia, cobijada por dosel de palmas y flores, sentose presidiendo el Excmo. Sr. Capitán General, quien tenía á su derecha á los Sres. Vicario General, P. Miguel de Esplugas, Guardia de los Capuchinos, al de la misma orden P. Ramón de Reus, al Sr. Capellán de las monjas de Pedralbes, comandante de mozos de la Escuadra Sr. Tallaví y á su izquierda á los Sres. Vallet, teniente de Alcalde de Sarriá, Rector de dicho pueblo, diputado Sr. Pons y Arola, Cabo del distrito, y cabos de pueblo, ocupando los sitios correspondientes, al frente de los indicados, los Sres. Güell, General Fontsaré, Franch, Ponsich, Sentmenat, Girona, Jiménez, secretario general de Somatenes, Fernández, Mumburú y Camps, concejal y secretario del



Comedor

Ayuntamiento de Sarriá, distribuyéndose el resto de invitados é individuos del Somatén en las demás mesas. Durante la comida, que fué servida por la Cocina moderna del Sr. Pince, reinó la más expansiva fraternidad y alegría. El *menú* era el siguiente: Arroz con pollo, Merluza tártara, Ternera á la godar, Jamón en dulce, Capones asados.

*Vinos*: Rioja, Sauternes, Champagne y Jerez.

*Postres*: Queso helado, dulces, café, licores y tabacos.

La banda de Albuera ejecutó durante el ágape algunas de las mejores piezas de su vasto repertorio.

Terminado el banquete, que empezó bendiciendo la mesa el Dr. Cortés y acabó dando las gracias el mismo señor, los comensales pasaron al bosquecillo anejo al *conventet*, disfrutando un rato de solaz y esparcimiento, para reunirse más tarde en el patio del *Conventet* y proceder al reparto de los premios á los individuos del Somatén que se hicieron acreedores á ellos.

Formando círculo al rededor de la mesa donde había los premios, el Sr. Capitán General improvisó un elocuente y sentidísimo discurso, en que, con frase más salida del corazón que de los labios, hizo constar su satisfacción por lo perfectamente organizado que había encontrado al Somatén que había revistado, de cuya peroración extractamos las siguientes palabras:

Empezó diciendo: El cargo que ejerzo lleva en sí muchas amarguras, pe-

ro tiene también grandes satisfacciones y una de ellas es



Grupo de invitados

la que experimento al presidir estas fiestas que estamos celebrando. Lamentable equivocación sufren los que creen que teniendo en su mano la fuerza material, no necesitan de la protección del Altísimo; la necesitan más que nadie, pues que disponiendo de dicha fuerza, precisa tan alta protección para contenerla dentro los justos límites que circunscriben el cumplimiento del deber. El Somatén, dijo, debe estar desligado de todo bando político y sólo debe atender al cumplimiento de su sagrado lema de paz. Habéis puesto vuestro instituto bajo el amparo de la Virgen de Montserrat, y habéis estado justamente acertados en la elección. Ella domina desde su trono de picos gigantescos toda Cataluña, y su montaña santa, con sus elevadas agujas, ha inspirado esas soberbias catedrales, que elevan el corazón del creyente. Ella os aliente y Ella os proteja. Desechad toda intervención en partidos políticos y, secundando los sabios consejos de nuestro santísimo padre León XIII, acatad los poderes constituídos, sean los que fueren; por lo tanto permitidme que termine mi discurso con un viva que espero contestaréis. ¡ Viva el Rey !

Un viva atronador contestó al del digno Sr. Capitán General, cuyo discurso fué repetidas veces interrumpido por murmullos de aprobación.

El individuo de la Comisión organizadora de los So-

matenes, D. Francisco Javier de Franch, dirigió algunas palabras de agradecimiento hacia las dignas autoridades que se habían dignado honrar con su asistencia los festejos del día.

El Capitán General entregó á los siguientes individuos los premios, que consistían en objetos de utilidad para el cuerpo, en el siguiente orden: D. Juan Amat Torres, D. Antonio Juncá Diví, D. Clemente Calbó Casas, D. Isidro Amigó Llansana y D. Saturnino Closas Casanovas.

Al hacer entrega de dichas recompensas, la primera autoridad militar, tuvo palabras de felicitación y estímulo para los interesados y se despidió con un cordial saludo: — ¡ Hasta el año que viene !

Cumplidos con satisfacción todos los números del programa, el Sr. Capitán General, fué despedido con los mismos honores de la llegada y marcharon todos los invitados completamente complacidos de la fiesta, felicitando por su buen acierto á los organizadores de la misma.

Nosotros se la tributamos muy cumplida desde estas páginas y hacemos votos para que el ejemplar y activo Somatén de Pedralbes, tenga muchos y buenos imitadores.

LUIS TINTORÉ MERCADER



El estandarte del Somatén y su guardia de honor



LA PROCESIÓN DEL CORPUS.— EL SANTÍSIMO SACRAMENTO AL SALIR DE LA CATEDRAL



LA PROCESIÓN DEL CORPUS.—LA CUSTODIA ENTRANDO EN LA CATEDRAL



## EL RETRATO

Era la vanidad, una vanidad desaforada y loca, el único móvil de las acciones de toda su vida. Con la fuerza de un Cid, sabía defender todos los días su caja de valores contra las embestidas más hábiles de los pedigüeños. Incapaz de sentir la satisfacción de hacer bien, refractario á socorrer á nadie — á no ser que el socorrido se prestase á publicar en la prensa el socorro — su corazón de piedra pómez no se eternecía por un quitame allá esas pajas. ¡Qué más!... En la labor sempiterna de la ostentación de su persona, ocupado en cultivar el reclamo, no había tenido tiempo de acordarse ni un solo día de su pobre mujer, la cocinera más reputada de Asturias, á quien despiadadamente dió el esquinazo, partiéndose á Cuba, después de haberle gastado hasta el último céntimo del producto de sus ahorros y de sus sisas. Para él, plebeyo endiosado, que vestía frac y lucía en la pechera unos brillantes como avellanas, tenía que ser un recuerdo muy importuno el de los viles tiempos democráticos que pasó en la Península, ya destripando terrones en su aldehuela, ya trabajando como auriga en la corte.

En la localidad donde residió, después de su fuga de la corte, llegó á tener en el terreno de los honores — honores de relumbrón, por supuesto — cuantas venturas están al alcance de un tendero favorecido por la fortuna. Y fué, entre otras cosas, juez municipal, concejal, diputado provincial, vice-presidente de varias Sociedades patrióticas y hermano mayor de dos ó tres cofradías. La gran cruz de Isabel la Católica, — que costó tres mil dures — le dió ocasión para retratarse y hacer exhibir en el portal del fotógrafo aquel vulgar y mofletudo rostro, animado por una interesante sonrisa. Gran satisfacción para él cuando las damiselas de su parroquia le detenían en la calle para decirle:

— Ya hemos visto su retrato en casa de Pérez.

— Cosas de Pérez... Se empeñó en hacerme ese retrato, para darse él pisto...

— Está V. hablando. La banda y la cruz, iluminadas, han quedado muy bien... ¿Quién se lo hubiera dicho á usted, don Panchito, cuando, hace años, desembarcó en este país con alpargatas y gorra?...

Brusquedades, salidas de tono como esa, solían turbar á las veces su dicha. Cosas de hembras despechadas y rencorosas que no podían verle, porque el gran tendero, aunque coqueteaba con todas, nunca se había dejado pescar. Y la verdad es, aquí para *inter nos*, que él de buen grado hubiese aceptado el papel de marido, que viste y da tono. Pero ¡cómo había de casarse si aquella endiablada cocinera que dejó en los Madriles existía aún! Y que no tenía malas intenciones la indina. Capaz sería ella, con la misma tranquilidad con que sabía hacer una salsa á la mayonesa, de denunciarle por bigamo y de hacerle ir, con gran cruz y todo, á la mismísima Ceuta.

Vedado para él el amor, ó al menos el amor *con buen fin*, consagraba todo su tiempo á las satisfacciones del amor propio. Y ¡qué satisfacciones las suyas!... Cuando fué elegido por mayoría de votos coronel del batallón de voluntarios de la villa, y se vió con su uniforme de rayadillo, las tres estrellas en la bocamanga y la escarapela en el rico sombrero de Panamá, plantóse el hombre ante un armario de luna, y, acometido de ardor bélico, imaginóse estar enfrente del enemigo, y, gritando: «¡Á ellos, muchachos!», desenvainó la espada virgen y arremetió contra su propia figura, que se reflejaba en el espejo, y destrozó el cristal, y recibió, al herirse en un dedo, su bautismo de sangre. Una criada, que, al oír el estrépito, acudió alarmada y presurosa, narró después en todas partes el sucedido; divulgóse entre risas el cuento. y no fué

mala caricatura la que publicó sobre la batalla del Espejo el popular semanario satírico de la localidad...

Y no hay para qué decir, conociendo el carácter de don Panchito y su delirio de grandezas, que aumentó su nutrida colección de retratos aquel ejemplar famoso en que aparecía con su flamante uniforme, jinete sobre arrogante bridón de guerra, la espada extendida en el aire, el continente marcial y terrible. La manía de retratarse le subyugaba en absoluto. Quería, por medio de la repartición de las cartulinas, hacer la propaganda de su persona. Además, tiempo atrás, una gitana vieja y astrosa, pero resabida y de mucha fama por sus acertados augurios, echándole la buena ventura, habíale dicho estas palabras:

— Hay una mujer en el mundo que te quiere y que te anda buscando. Por un retrato te encontrará.

\* \* \*

Por aquella sazón llegó al pueblo el último número de la revista madrileña titulada «Los Personajes». Impresa en satinado papel, con elegantes fototipias, dando una muestra en todos sus números de los adelantos de la tipografía, la importante revista se titulaba *Los Personajes* porque su principal y quizá único objeto era publicar biografías y retratos de los hombres de pro. Desde el ministro aprovechado hasta el industrial inteligente; desde el general victorioso hasta el poetilla laureado en públicos certámenes, no había en España ni en ultramar persona de viso á quien no llegase el turno de exhibir sus gracias personales en la popular ilustración.

¡Qué tentación para don Panchito! Por su gran cruz, por su elevada posición, por los cargos que había ejercido, ¿no era él digno y muy digno de que se publicase su *vera efigie* en la galería de *Los Personajes*? Lo que en él fué al principio tenaz deseo, se convirtió en verdadera obsesión cuando vió salir el retrato del cacique del pueblo, su eterno rival y el objeto de su envidia y su odio.

No era empresa tan fácil como don Panchito creía. El cacique vió aparecer su retrato, porque el cacique... era el cacique. Había en Madrid más de diez personas influyentes que le debían el acta de diputado ó senador y que bebían los vientos por complacerle y halagarle. Don Panchito no estaba en el mismo caso. Por eso sus cartas á Madrid, sus insinuaciones, sus súplicas, sus ofertas, no daban, ni con mucho, el resultado apetecido. Cada número de la ilustración que llegaba sin contener la ansiada fototipia, le traía una nueva desazón.

Mas no era él hombre que se desalentaba fácilmente. Una mañana, con gran asombro de sus domésticos, mandó hacer las maletas, tomó pasaje en un vapor de la Trasatlántica y se embarcó para la Península. Á ningún amigo dió cuenta del viaje ni se despidió de persona alguna. No se tuvo noticia de su marcha sino al echarsele de menos en el círculo del partido; y, aunque se intentó averiguarlo, nadie pudo aclarar el misterio de la fuga del grande hombre.

El cual, después de un viaje *tartarinesco*, llegó á Madrid, vió y venció.

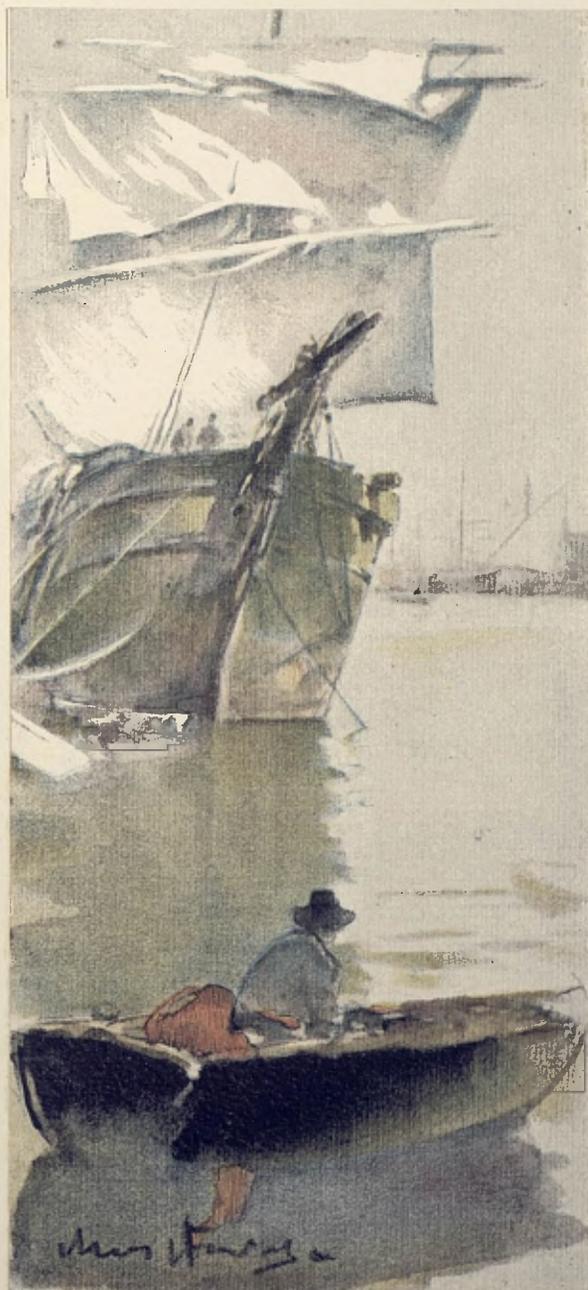
\* \* \*

El retrato se publicó.

Pero ¿qué iba á hacer don Panchito con cinco mil ejemplares, ni uno más ni uno menos, de la ilustrada revista? Luego que remitió por correo un ejemplar á cada uno de sus amigos, á cada uno de sus electores y á cada uno de los voluntarios del batallón de que era coronel, aun le quedó papel bastante para llenar una habitación del hotel. Todas las peluquerías, las fondas, las casas de baños, los salones de limpiabotas, recibieron un ejemplar. Madrid se inundó de *Personajes*, que llegaron el mismo día por el correo interior. Y el buen don Panchito, fatigado de la labor de poner fajas, con los dedos llenos de tinta, se acostó aquella noche diciéndose:

«Acuéstate, grande hombre, acuéstate y duerme feliz, que Madrid contempla tu retrato.»

Al día siguiente, bien temprano, se echó á la calle para gozar de su gloria. En el escaparate de una librería del centro, exhibía la revista *Los Personajes* sus planas lujo-



sas. Don Panchito se colocó detrás de un grupo de estudiantes que miraban las fototipias y hacían, burla burlando, alguna que otra observación.

— ¿Quién será este excelentísimo señor don Francisco González y González?... — preguntó uno.

— Muy conocido en su casa.

— Y ¡qué cara de bruto tiene!

— Y está guapo, coloradote y rollizo... ¡Valiente cerdo!

Dominando su ira y su despecho, don Panchito comenzó á arrepentirse de haber dado su físico á la publicidad. La celebridad tenía, sin duda, sus espinas, y la gloria su enojoso reverso. Era la primera vez que en sus propias barbas se le habían lanzado aquellos piropos. Y para esto, para tener que sufrir tamaños desaforos, había desembolsado cinco mil pesetas, importe de cinco mil ejemplares de la empecatada revista...

Con cara fosca, con humor tétrico, se retiró el hombre á su hotel. Allí, en el portal, en doble fila, le esperaban

ansiosos una docena de individuos, no mal trajeados, que habían visto el retrato y leído la biografía é iban á tener el honor de conocer personalmente y de cumplimentar con profundísimo respeto al ilustre prócer. Los unos, proyectistas crónicos, le propusieron la implantación de negocios pingües y de resultado seguro. Los otros, del gremio literario, le dedicaron, con frase hiperbólica, sendos volúmenes que le hicieron pagar á buen precio. Los más, de la clase de sablacistas, apelaron á sus sentimientos filantrópicos, tan justamente encomiados por el biógrafo de la revista, para sacarle un puñado de duros. Y todos, triunfantes y satisfechos, al bajar la escalera decían:

— ¡Qué animal! ¡Qué ladrón!... ¡Lo que habrá robado *este tío* en América!...

\* \* \*

— Una señora está ahí preguntando por el señor, — dijo el camarero á don Pancho.

— ¿No ha dado su nombre?

— No quiere decirlo.

— ¿Qué señas tiene?

— Gruesa, entrada en años, con aspecto de sirvienta.

— Traerá algún recado. Que pase.

Una mujer, vieja y fea, penetró rápidamente en el salón, y sin dar tiempo á don Panchito para verle el rostro, se precipitó en sus brazos y se colgó, sollozando, de su cuello.

— ¡Al fin te encuentro! ¡Paco! ¡Pacorro! ¿No me conoces? Soy la Mónica, tu mujer, tu mujer legítima. Si me parece mentira... En el periódico, en casa de mis amos, vi tu retrato... En la redacción me dijeron tus señas, y aquí me tienes. Y ahora no te volverás á escapar. ¿Verdad que no, ladrón?...

Don Panchito, desasiéndose de sus brazos, se echó, pálido como un muerto, sobre una butaca. Desde allí, pensativo y mudo, oyéndola hablar, la *recordó*, la contempló y... ¡qué remedio! la aceptó. Después de todo, ¿á qué luchar contra la suerte? Aquello era la realización de una profecía... Allá en el pueblo, en el teatro de sus triunfos, una gitana se lo había dicho:

— Una mujer te anda buscando: por un retrato te encontrará.

ANTONIO CORTÓN

*Ilustraciones de MAS Y FONDEVILA*





ÁNGULO DE LOS CLAUSTROS DE LA CATEDRAL  
Y SURTIDOR DONDE SE CELEBRA EL ESPECTÁCULO CONOCIDO POR «L'OU COM BALLA»

# LOS NIBELUNGOS

(CONTINUACIÓN)

IX

DE COMO SIGFRIDO FUÉ ENVIADO Á WORMS



ESPUÉS de navegar nueve días enteros, dijo Hagen de Troneja: «Escuchad lo que voy á decir; hemos diferido mucho el enviar noticias á Worms sobre el Rhin; y ya nuestros mensajeros debían estar en Borgoña.»

El rey Gunter le respondió: «Habéis dicho muy bien; pero nadie mejor que tú para cumplir este encargo, amigo Hagen: encáminate á mi reino: ninguno dará cuenta de nuestra expedición mejor que tú.»

«Te equivocas, querido señor: yo no soy un buen mensajero; deja que siga como camarero y que permanezca en las ondas. Quiero estar al cuidado de las mujeres y de sus trajes, hasta que hayamos llegado á Borgoña.»

»Procurad que Sigfrido se encargue de esa misión: su fuerza maravillosa le hará salir bien del empeño. Pero si no quisiera hacer este viaje, rogádselo en nombre de vuestra amada hermana y lo cumplirá.»

El rey mandó buscar al guerrero y cuando lo tuvo en su presencia, le dijo: «Ya que estamos cerca de nuestro reino, debo enviar un mensajero á mi querida hermana y á mi madre, para advertirlas que nos aproximamos al Rhin.»

»Os pido, señor Sigfrido, que hagáis este viaje y siempre os daré las gracias.» Así habló el buen guerrero. Al principio rehusó el esforzado Sigfrido hasta que el rey Gunter se lo rogó mucho.

Él añadió: «Haréis este viaje por mi amor y por el de la hermosa virgen Crimilda.» Al escuchar esto, Sigfrido se manifestó dispuesto inmediatamente.

«Mandad lo que queráis, no os negaré nada; sea lo que fuere, lo haré todo en nombre de la hermosa joven. ¿Á la que llevo en mi corazón, puedo yo negarle cosa alguna? Todo lo que me mandéis será hecho en nombre de ella.»

«Decid á mi madre, á la reina Uta, que estamos muy contentos de este viaje: decid á mi hermano de qué manera hemos vencido y dad igual noticia á todos nuestros amigos.»

»No ocultaréis nada tampoco á mi hermosa hermana: la saludaré en nombre de Brunequilda y en el mío, y decid á todos mis servidores y guerreros que he realizado con honor lo que mi corazón deseaba.»

«Decid á mi sobrino Ortewein, á quien tanto quiero, que haga disponer sitios convenientes en las orillas del Rhin y que hagan saber á mis demás parientes que quiero celebrar de una manera magnífica mis bodas con Brunequilda.»

»Decid á mi hermana que luego que sepa que he llegado á tierra con mis huéspedes, reciba agradablemente á la que tanto amo y siempre se lo agradeceré á Crimilda.»

Sigfrido se despidió inmediatamente de Brunequilda y de todo su acompañamiento de una manera agradable y enseguida se encaminó hacia el Rhin.

Acompañado de veinte y cuatro guerreros se dirigió hacia Worms: llegó sin el rey, y cuando se supo esto,

todos sus fieles guerreros sintieron gran pesar, temiendo que hubiera encontrado la muerte en aquella expedición.

Desmontaron de sus caballos manifestándose contentos: inmediatamente Geiselher, el joven y buen rey, se aproximó con su hermano Gernot: cuando vio<sup>er</sup> que el rey Gunter no estaba con Sigfrido, dijo con viveza:

«Bien venido, señor Sigfrido; hacedme saber donde habéis dejado al rey, mi hermano. Nos lo ha arrebatado la fuerza de Brunequilda según pienso; el amor que pretendía nos ha causado este pesar.»

«Abandonad esos cuidados; yo y sus compañeros de armas os ofrecemos su salud á vos y á todos sus parientes. Lo he dejado sano y libre: él me ha enviado para que fuera su mensajero y trajera estas noticias á su país.»

»Necesario es que pronto me hagáis ver á la reina Uta y á su hermana, para que yo les pueda decir lo que me han encargado Gunter y Brunequilda; ambos están buenos.»

El joven Geiselher, dijo: «Iréis á donde se encuentran: habéis inspirado amor á mi hermana y ella ha tenido gran cuidado por la suerte de mi hermano; la joven os ama; puedo garantizaros esto.»

El héroe Sigfrido, le contestó: «En todo lo que yo la pueda servir, lo haré de corazón y con fidelidad. Pero haced que yo las vea, ¿dónde están las damas?» Geiselher, el hombre agraciado, fué á anunciarlo.

El joven Geiselher dijo á su madre y á su hermana de esta manera: «Ha llegado Sigfrido, el héroe del Niderland; mi hermano Gunter lo ha enviado á las orillas del Rhin.»

»Él nos trae gratas noticias del rey: permitidle que entre hasta la corte. Él nos dará noticias verdaderas de lo ocurrido en Islandia.» Las nobles mujeres permanecían aún en gran cuidado.

Sin detenerse en nada se vistieron sus trajes, y suplicaron á Sigfrido que pasara á la corte. El héroe procuró tranquilizarlas: amaba tiernamente á Crimilda y la noble joven le dijo de esta manera:

«Bien venido, Sigfrido, caballero digno de alabanza. ¿Dónde queda mi hermano Gunter, el noble y rico rey? Pensaba haberlo perdido por la fuerza de Brunequilda. ¡Ay de mí! ¡pobre joven, para qué había venido al mundo!»

Así le contestó el fuerte caballero: «Permitidme que sea el mensajero: lloráis hermosa joven, sin que haya ocurrido desgracia ninguna. Lo he dejado sin peligro alguno; esto es lo que os quería decir: él me ha enviado con estas noticias para vosotras.»

»Con el amor más tierno, muy noble señora mía, él y su esposa os ofrecen sus servicios; bien pronto deben llegar.» Hacía muchos días que no había recibido tan buenas noticias.

Con un paño tan blanco como la nieve, secó de sus ojos las hermosas lágrimas: después dió las gracias al mensajero por las noticias que había traído.

Rogó al mensajero que se sentara: todo estaba dispuesto y la enamorada le dijo: «Sin pena ninguna os daría por vuestro mensaje todo mi oro. Sois muy rico para aceptarlo, pero siempre os estaré agradecida.»

«Aun cuando tuviera treinta reinos», le respondió él, «siempre aceptaría con gusto los gajes de vuestra mano.» La virtuosa, le dijo: «Pues bien, sea.» Y mandó á su camarera que fuese por el precio del mensaje.

Le dió en recompensa veinte sortijas adornadas con piedras preciosas. Pero el alma del héroe era de tal modo, que no quiso guardar ninguna: enseguida las distribuyó entre las hermosas mujeres que andaban por las cámaras.

También le ofreció con bondad sus servicios la madre reconocida. «Más os diré todavía», añadió el hombre intrépido; «os diré lo que el rey quiere para cuando llegue al Rhin. Si lo hacéis, señora, siempre os quedará agradecido.

»Es su deseo que á los ricos huéspedes los recibáis bien y que salgáis á su encuentro por el camino de Worms. Esto es lo que el rey os hace saber en gran confianza.»

«Pronta estoy á hacerlo» contestó la hermosa joven. «Nunca me negaré á nada que le pueda agradar y lo haré con el mayor gusto.»

Hasta entonces ningún mensajero de rey había sido tan bien recibido: de atreverse, lo hubiera besado sin pena ninguna: se alejó de las mujeres de otra manera, pero siempre con amabilidad. Los Borgoñones hicieron lo que él les había dicho.

Sindoldo y Hunoldo y el héroe Runoldo, se tomaron gran trabajo en aquellos momentos. Hicieron preparar los sitios y se portaron muy bien. Muchos fieles al rey, trabajaron allí con ellos.

Ortewein y Gere, también de los mejores, enviaron por todas partes para avisar á sus amigos y prevenirlos de que en la corte se iban á celebrar grandes fiestas para los desposorios.

Los salones y las paredes fueron adornadas para la llegada de los huéspedes. La habitación del rey Gunter, quedó recubierta de roble tallado, obra de artistas extranjeros que habían venido en gran número.

Por todas partes, por todos los caminos, se veía cabalgar á los parientes de los tres reyes que habían sido avisados para que fueran á recibir á los que estaban próximos á llegar. De las arcas se sacaban los más hermosos vestidos.

Al saberse la noticia de que se aproximaban los amigos de Brunequilda, la multitud acudió en masas apiñadas. Muchos

valientes guerreros de los dos bandos se encontraban allí.

La hermosa Crimilda dijo: «Vosotras, hermosas compañeras más, que queréis acompañarme á la recepción, buscad en vuestros cofres los trajes más hermosos que tengáis, y que lo mismo hagan las demás mujeres.»

Llegaron los guerreros y mandaron traer magníficas monturas guarnecidas de oro rojo, en las que debían ir las mujeres para llegar hasta Worms en las orillas del Rhin. Jamás volverán á verse arneses tan magníficos.

¡De qué manera brillaba el oro sobre las hacanéas! Muchas piedras preciosas deslumbraban en las riendas. Para las mujeres se dispusieron doradas sillas, colocadas sobre hermosas gualdrapas. Todas experimentaban grande alegría.

También se trajeron para ellas magníficas cinchas forradas de hermosa seda y en los pretales suntuosas bandas de la mejor seda que pudo encontrarse.

Primero se veían marchar noventa mujeres con el cabello trenzado. Á Crimilda acompañaban después las más hermosas llevando trajes magníficos y por último seguían igualmente bien vestidas muchas agraciadas jóvenes.

Para agradar á los guerreros extranjeros llevaban las más ricas telas que podían verse y los vestidos más costosos, combinados admirablemente sus colores. Mal gusto hubiera tenido aquel á quien cualquiera de ellas no agradara.

Sobre aquellos hermosos trajes sus manos ciñeron un cinturón magnífico, ancho y bien bordado para contener los bellos pliegues de los astracanes árabes. El momento de los alegres placeres para aquellos jóvenes se aproximaba.

Muchas lindas vírgenes comprimían su talle con graciosos corpiños.

Cuando aquellas hermosas mujeres se vistieron los trajes que debían llevar, se adelantó un grupo de guerreros valerosos armados de escudo y lanza, cuyas astas eran de fresno.

## X

### DE COMO BRUNEQUILDA FUÉ RECIBIDA EN WORMS

Al otro lado del Rhin, se veía ya al rey acompañado de muchos caballeros. Las riendas de las hacanéas en que iban muchas jóvenes, las llevaban en la mano. Los que debían recibirlos estaban dispuestos.

Cuando las barcas en que iban los guerreros de Islandia, los Nibelungos y los hombres de Sigfrido, divisaron la orilla, aceleraron la marcha; sus manos eran infatigables; y se dirigieron á donde estaban los amigos del rey.

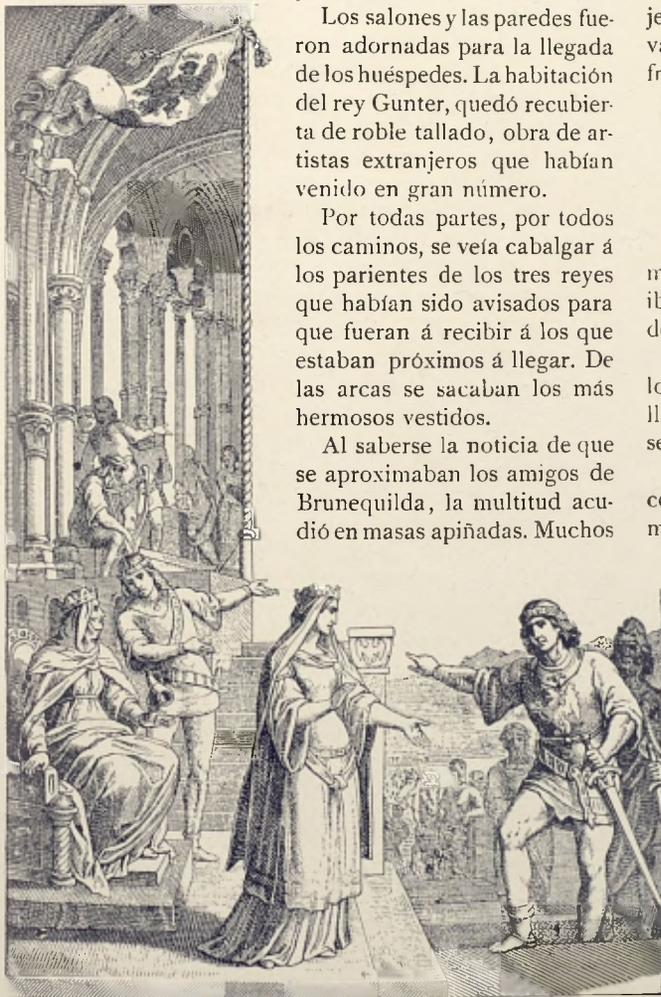
Escuchad ahora el relato de como la reina Uta la rica, condujo á la joven fuera de la ciudad y cabalgó ella misma. Aquel día entablaron relaciones muchos caballeros con hermosas jóvenes.

El margrave Gere, llevaba de la brida el caballo montado por Crimilda, pero sólo lo hizo así hasta las puertas de la ciudad. Desde allí el héroe Sigfrido la sirvió tiernamente.

El atrevido Ortewein cabalgaba al lado de la reina Uta, y un gran número de caballeros y de jóvenes los seguían.

En tanto llegaba la barca, se hicieron vistosos juegos de armas por famosos guerreros, ante la hermosa Crimilda.

El rey había atravesado el río con sus nobles caballeros. ¡Cuántas lanzas volaron en astillas ante las mujeres! Se escuchaba el ruido que hacen muchos escudos chocando violentamente. Sus adornadas puntas resonaban al ser golpeadas.



Cerca de la orilla estaban las mujeres dignas de ser amadas; Gunter con sus huéspedes descendió de la barca dando á Brunequilda la mano.

Haciendo graciosas cortesías, se adelantó Crimilda para recibir á Brunequilda y á su acompañamiento. Con sus manos se las vió separar las trenzas de sus cabellos para darse un beso: se lo dieron afectuosamente.

Así dijo en tono amistoso la virgen Crimilda: «Seáis bienvenida á este país, por mí y mi madre y por todos nuestros fieles y amigos.» Ambas se inclinaron.

Las mujeres se abrazaron repetidas veces.

Cuando las damas de Brunequilda saltaron todas en tierra, muchos jóvenes guerreros llevaron de la mano á no pocas vírgenes, ricamente vestidas. Estas nobles jóvenes rodeaban á Brunequilda.

Largo rato pasó antes que las saluciones estuvieran terminadas; entre tanto más de una rosada boca besó y fué besada. Las hijas de los reyes estaban la una junta á la otra. Muchos famosos guerreros tenían gusto al contemplarlas.

Las segutan con los ojos todos aquellos que habían oído decir que nada había más hermoso que aquellas dos mujeres: no había exageración en esto: nada de la belleza de sus cuerpos era fingido ni engañoso.

Los que sabían apreciar á las mujeres y sus amorosos cuerpos, alababan la hermosura de la esposa de Gunter. Pero los más entendidos decían que Crimilda valía más que Brunequilda.

Juntas las unas á las otras se adelantaron mujeres y vírgenes; todas ellas iban lujosamente vestidas. Muchos pabellones de seda y gran número de tiendas estaban extendidas por el campo antes de llegar á Worms.

Los parientes del rey caminaban á su alrededor. Á Brunequilda y á Crimilda las llevaban por los sitios en que menos las dañara el sol: iban acompañadas por los héroes del país de Borgoña.

Todos los huéspedes habían llegado á caballo; chocaron admirablemente las lanzas contra los escudos. Todo el campo quedó cubierto por una nube de polvo, como si el fuego lo hubiera envuelto; los héroes verdaderos fueron allí conocidos.

Las mujeres miraban atentamente á los guerreros. Creo que el fuerte Sigfrido pasó y volvió á pasar con la espada en la mano por delante de los pabellones. Mil fuertes Nibelungos eran mandados por el héroe.

Hagen de Troneja se adelantó por indicación del rey é hizo cesar los juegos caballerescos, para que el polvo no molestara á las hermosas jóvenes. Todos los extranjeros obedecieron inmediatamente sin violencia ninguna.

Así habló el noble Gernot: «Dejad ahí los caballos hasta que refresque; iremos á acompañar á las hermosas mujeres hasta el palacio: así cuando el rey quiera cabalgar, todos estaréis dispuestos.»

Cesaron inmediatamente los asaltos y abandonaron el campo para retirarse al abrigo de las tiendas, en las que el tiempo se pasó agradablemente. Los guerreros permanecían cerca de las jóvenes cuyos favores esperaban conseguir: así pasaron las horas hasta el momento de partir.

Á la caída de la tarde, cuando el sol principió á descender, el aire refrescó y no quisieron detenerse más; damas y guerreros se dirigieron á la ciudad. Con los ojos admiraban las bellezas de aquellas lindas mujeres.

Manifestando su destreza, los buenos guerreros hicieron algunos asaltos para ganar trajes, según era la costumbre del país, hasta que llegaron al palacio donde el rey echó pie á tierra. Allí las damas fueron servidas por los caballeros según correspondía á su rango.

En aquel momento se separaron las reinas. Uta y Crimilda se dirigieron á sus suntuosos aposentos, seguidas por sus acompañantes. Por todas partes se oían alegres gritos de satisfacción.

Prepararon los asientos; el rey quería dirigirse al banquete con sus huéspedes. Á su lado se veía la hermosa Brunequilda que ceñía la corona en el país del rey, y que estaba muy ricamente vestida.

Muchas hermosas sillas estaban colocadas alrededor de buenas y anchas mesas, cargadas de manjares, según nos han contado. ¡De lo que podía desearse no faltaba nada! Cerca del rey estaban sentados los convidados más distinguidos.

Los camareros reales servían el agua en copas de oro rojo. Inútil sería decir que en otra fiesta de príncipes fueron mejor servidos, porque nadie quería creerlo.

Antes que el jefe del Rhin hubiera tomado el agua, Sigfrido hizo lo que debía hacer: le recordó su promesa, hecha antes de que vieran á Brunequilda en Islandia.

Él le dijo: «Debéis recordar lo que me juró vuestra mano; que si alguna vez Brunequilda venía á este país, me daríais vuestra hermana: ¿qué se ha hecho de vuestros juramentos? En este viaje he realizado por vos grandes trabajos.»

El jefe contestó á su huésped: «Con razón me habéis advertido. Mi mano jamás será perjura: os ayudaré lo mejor que pueda para que salgáis con bien de vuestro empeño.» Rogó cariñosamente que Crimilda compareciera á la corte.

Con muchas hermosas mujeres penetró en el salón, pero Geiselher le dijo en alta voz desde su asiento: «Haced que esas jóvenes se vuelvan: que mi hermana quede sola delante del rey.»

Condujeron á Crimilda á donde estaba el rey: muchos nobles caballeros de distintos países estaban allí. Rogáronles que permanecieran tranquilos en el amplio salón; la señora Brunequilda estaba ya en la mesa.

Ella no sabía lo que iba á suceder. Entonces el hijo del rey Dankwart dijo á su más próximo pariente: «Ayudadme para que Crimilda tome por esposo á Sigfrido.» Todos dijeron á un tiempo: «Muy bien puede hacerlo.»

Así le dijo el rey Gunter: «Hermana mía, noble joven, que por tu virtud y bondad quede cumplido mi juramento. Te he prometido á un guerrero; si lo haces tu esposo, quedarán cumplidos mis votos.»

La noble joven respondió: «Mi hermano amado, no es menester que me roguéis: haré siempre lo que me mandéis; que así sea. Amaré siempre, señor, al que me déis por marido.»

Al escuchar esta declaración amorosa, Sigfrido se tornó rojo. El guerrero hizo sus cumplimientos á la hermosa Crimilda. Hicieron que el uno se aproximara al otro, junto á los demás parientes y le preguntaron si aceptaba por esposo al valeroso guerrero.

Al principio el pudor cohibió á la joven, pero felizmente, para alegría de Sigfrido, no le duró mucho tiempo: la tomó por esposa también el noble héroe del Niderland.

Estaba desposado con la virgen, ella con él; Sigfrido pudo estrechar en sus brazos á la hermosísima doncella: la noble reina fué abrazada después en la asamblea de los héroes.

Después se dividieron en dos grupos. Frente al rey estaba sentado Sigfrido, teniendo junto á sí á Crimilda; servíanlos muchos hombres valientes. Los Nibelungos estaban sentados á sus lados.

(CONTINUARÁ)